

RODRIGO

*Relación dictada de don Rodrigo Cervantes de la Noche,
escribano, de Panamá, León, Sevilla, Olinda y Goa, y de su
nieto Pedro Diego Ortiz Cervantes*

M. A. Aybar

RODRIGO

© 2026 M. A. Aybar. Todos los derechos reservados.

Esta edición digital se ofrece bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Puede copiarse y compartirse sin alteración, con atribución, sólo para fines no comerciales. No se permiten obras derivadas. Esta obra no puede utilizarse para el entrenamiento de modelos de inteligencia artificial. Todos los demás derechos, incluidos los de impresión, comerciales, de traducción, de audio y de adaptación, quedan reservados. Al descargar esta edición usted acepta estos términos.

Derechos y permisos: rights@rodrigodelanoche.com

Edición digital 1.0, 2026

rodrigodelanoche.com

Para Alexander

Nota sobre las lenguas. El protocolo se ofrece aquí en el castellano en que fue dictado. Donde una palabra o una frase queda en portugués, en tupinambá, en concaní, o en la ortografía que don Rodrigo inventó de niño para las palabras que decía su madre, queda así porque así lo guardó el propio registro: el escribano asentó unas cosas en la lengua en que se dijeron y se negó a trasladar otras, y esta edición ha respetado lo que él tradujo y ha callado lo que él calló. Lo no traducido no es adorno; es la parte de la cuenta que su guardián juzgó que no podía pasarse de una lengua a otra sin dejar de ser lo que fue dicho.

*Recuperado del paquete diocesano de León, en el envío de
1604. Una cuenta guardada tal como quedó: abierta.*

PARTE I: EL ESCRIBANO EN LAS INDIAS

Panamá, 1525–1531

MI ABUELO SE EMBARCÓ PARA las Indias en la primavera de 1525, a los veinticinco años y rozando ya los veintiséis, con una licencia de escribano que olía todavía a la tinta del examinador y la cabeza llena de ideas equivocadas sobre aquello en que se convierte un hombre cuando cruza un océano; y como yo no lo conocí nunca sino de viejo, he tenido que reconstruir al joven andando hacia atrás desde el viejo, como se reconstruye un fuego por la forma de su ceniza, e iré diciéndote con honradez, sobre la marcha, dónde adivino. De una cosa sí estaba seguro, y la decía sin rodeos: que llegó creyendo que la ley era una lámpara que el hombre lleva a los lugares oscuros del mundo, y que las Indias lo fueron curando de esa fe por etapas, con dulzura al principio,

y que la primera etapa fue una mula.

Desembarcó en Nombre de Dios en un calor que lo tomó por los dos brazos, como habría de tomarlo, once años más tarde, otra costa; y el primer oficial de la Iglesia que conoció en el Nuevo Mundo fue un obispo metido hasta las rodillas en la rompiente, junto a una mula que había decidido, con la honda terquedad teológica de su especie, no bautizarse más allá. El obispo era un hombre pequeño y redondo, encanecido ya, un franciscano alzado a la mitra por una política que nunca quiso, y llevaba el cargo como un abrigo prestado, dos tallas más grande, sabiendo que así lo llevaba; y miró a mi abuelo, el más nuevo y el menor de cuantos el barco había puesto en tierra, y dijo: «Tú, hijo».

«Excelencia», dijo mi abuelo.

«Sácame la mula del agua, y perdónala; en mi orden cada uno arreaba la suya, y nunca aprendí la maña de mandar que la arreen».

Mi abuelo, que tenía una licencia recién estrenada y el tierno sentido que un joven tiene de su propia dignidad, dijo: «Excelencia, soy el escribano, no el mulero».

Y el obispo, sin acaloramiento, con la suave exactitud de quien ya ha visto el fondo de la situación y el tuyo, dijo: «Eres el hombre que más cerca está de la mula».

Se metió en el agua. Sacó la mula. Y fue, me contó, la primera frase enteramente verdadera que le dijeron en el Nuevo Mundo, y le enseñó, antes de que su baúl saliera de la arena, el principio que gobernaría los seis años siguientes y, si era honrado, todos: que en este mundo el trabajo no es del hombre a quien le toca el oficio, sino del que está más cerca, y que buena parte de lo que llamamos deber no es más que cercanía que ha dejado de pedir perdón por serlo.

He llegado a querer a ese obispo, a través de la distancia de un siglo y de la vida entera de un hombre, más de lo que en rigor me pide el relato, y creo que es porque fue, en el contar de mi abuelo, el único príncipe de la Iglesia que sabía exactamente lo mal que le venía su trono y bendecía las cosas de todos modos, con humildad, como hace un hombre aquello que le han mandado y que no sabe hacer bien; y porque, en sus últimos años, las lluvias le quitaron la voz y no se la devolvieron, de modo que el hombre más poderoso de aquella provincia acabó sin poder decir palabra, llevando su mitad de la correspondencia del mundo en letra cuidada en una mesa de escribir junto a una ventana, es decir, acabó siendo, a su modo, un escribano; y mi abuelo, que le cerró las cuentas, nunca me habló de aquellos meses mudos sin una larga pausa primero, y una vez, una sola, con un ojo húmedo que no me explicó y que yo no le pedí que ex-

plicara.

Panamá en aquellos años eran cuatro escribanos de negro y un calor que deshacía la tinta, y deshacía también a los hombres, y quiero que él tenga en este libro un cuerpo y no sólo una mano, así que déjame darle el que tenía a los veintiséis: el país de las fiebres se le escribió encima el primer año, un sarpullido de sal en el pliegue de cada coyuntura, las botas verdes de moho en una semana, el abrigo negro del oficio llevado como una penitencia al mediodía; aprendió a afeitarse a la luz del candil antes de que subiera el calor, a comer cuando Tomasa decía y no cuando tenía hambre, a dormir la siesta como un hombre del país y a avergonzarse de ello exactamente un verano. Había entre los cuatro un orden de precedencia tan exacto y tan celosamente guardado que mi abuelo supuso, siendo joven, que debía descansar sobre algún hondo fundamento de ley o de saber; y aprendió, en su primer instrumento a solas, un apresurado poder para un genovés que tenía un barco que tomar, que el orden no descansaba en nada de eso, que el latín no tenía nada que ver, que toda la grave arquitectura de quién firmaba por encima de quién no era sino el ordinario negocio humano de quién llevaba más tiempo allí y quién se había casado con la prima de quién, disfrazado con los ropajes de la profesión; y también esto se lo enseñaron las Indias con dulzura, es decir, deján-

dole la dignidad mientras le quitaban las ilusiones, un instrumento limpio cada vez.

Y estaba Tomasa, que llevaba la cocina del obispo y había llevado antes la de la catedral, y que dio de comer a mi abuelo durante nueve años, tres más de los que sirvió al obispo, que una cocina es cosa que dura más que un oficio, la comida sencilla y caliente de una mujer que había decidido, sin que se lo pidieran y sin anunciarlo, que aquel joven flaco y serio de Castilla era suyo para mantenerlo vivo; y es aquí, en su cocina, en el olor del clavo y el chocolate que no dejaba rechazar a un hombre con fiebre, donde quiero dejar al joven Rodrigo un momento antes de que lleguen las muertes y la comedia del loro y la larga educación de su corazón, porque es uno de los pocos cuartos de toda su vida en que puedo ponerlo y saber que estuvo, por aquella hora, simplemente abrigado, simplemente alimentado, simplemente joven, y todavía no el hombre que habría de necesitar perdón.

La comedia de aquellos años, y había comedia de verdad en ellos, de la que hace reír y es a la vez cierta, se juntó en torno a un loro y a un dominico; y he contado el cuento a mis propios hijos tantas veces que mi mujer dice que le he gastado las plumas, pero lo contaré una vez más, en orden, porque mi abuelo

sostenía que quien no sabe hallar la comedia en la Iglesia todavía no ha estado bastante cerca de ella para quererla.

Había en la catedral un loro, un amazona de cabeza amarilla de los que viven ochenta años y sobreviven a cuantos les enseñan algo, y Tomasa le había dado, a lo largo de nueve años de tardes de cocina, unas ochenta palabras de castellano, las más de ellas nombres de santos y de peces y de verduras, porque de esas palabras estaban hechos sus días. Y estaba fray Honorato de Briviesca, dominico de San Esteban, segundón de una casa menor de sangre real de la Vieja Castilla, es decir, hombre de excelente sangre y ninguna tierra, ni título ni dinero, habiéndose ido las tres cosas por mayorazgo a un hermano mayor a quien nombraba en toda conversación sólo para ponerse por encima de los presentes; hombre de un refinamiento tan completo y tan desperdiciado en aquella costa que se le había agriado en un agravio permanente contra la creación entera por no estar a su altura. Tenía un amor grande y particular, que eran los camarones al ajillo, los del viernes, y no podía dejar en paz el modo en que la cocina los hacía: el ajo así de justo, ni crudo ni quemado; el camarón de la barca de la mañana y no de la tarde; el perejil picado y nunca desgarrado. Inspeccionaba la cocina de Tomasa cada viernes con el aire de quien concede un favor a un

mundo agradecido.

Tomasa lo aguantó tres semanas. A la cuarta le dio al loro la frase que toda la cocina venía diciendo a espaldas del fraile, en el sonsonete de un puesto de mercado de Sevilla: «Fray Honorato, bueno, bonito y barato». El pájaro la tuvo de memoria en un día, y como las dos cosas le habían entrado en la cabeza la misma semana, casó para siempre la rima con los camarones, de suerte que en adelante, a la vista de cualquier dominico o al olor de cualquier ajo, anunciaba, a la antecámara, al cabildo, al mismísimo Dios: «Fray Honorato. Bueno, bonito y barato. Los camarones al ajillo. El ajo justo».

Honorato exigió un juicio. Lo exigió en la sala capitular, en forma, y aquí está la parte que mi abuelo amaba y me hizo apuntar dos veces: que el fraile, dado el uso de la palabra, soltó un silogismo de cuarenta minutos sobre si una criatura carente de alma racional que sin embargo parece hablar, y hablar blasfemia, incurre en la culpa de quien habla con entendimiento; una cuestión de veras sutil, la levantó hermosamente, Aquino hilada sobre hilada, y era, decía mi abuelo, con toda probabilidad la mente más fina en mil leguas a la redonda, y no le había servido de nada, porque cuando terminó, y el cabildo quedó aturdido bajo el peso de su latín, el obispo mandó traer al loro en la muñeca de Tomasa, como había or-

denado, para que el reo estuviera presente en su propia causa; y el pájaro, que había callado los cuarenta minutos enteros, ladeó la cabeza hacia el fraile y dijo, en el castellano de cocina de Tomasa: «Fray Honorato. Bueno, bonito y barato», y toda la cuestión de las almas y la mímica y la culpa quedó respondida, no por la respuesta sino por la risa, porque el obispo se rió. Una vez. Un solo ladrido de risa, recogido en seguida tras la mano episcopal, porque una risa en una sala capitular está racionada; y falló a favor del loro, y el loro volvió a la cocina en la muñeca de Tomasa, y mi abuelo levantó el acta, y comprendió, al levantarla, que acababa de dejar constancia de lo más verdadero que hizo la Iglesia en sus seis años allí, que fue ser objeto de risa, una vez, de su propio obispo, y sobrevivir a ello, y dejar vivir al pájaro. Honorato nunca perdonó al pájaro y nunca dejó de pedir los camarones, y hay algo en eso, decía mi abuelo, que es todo lo que somos: que seguimos amando lo que se burla de nosotros, a la mesa, los viernes, y lo llamamos apetito.

* * *

Pero las Indias no dejaban mucho tiempo a un joven en el país de la comedia, y a la primavera siguiente lo llevaron a través de la frontera al otro país y lo tuvieron allí quince días. La fiebre subió de los

puertos del lago en el marzo de 1529, y para la tercera semana la iglesia enterraba a tres al día, y mi abuelo, en su calidad oficial, redactó nueve instrumentos de muerte en nueve tardes, y quiero nombrarlos como él me los nombró a mí, despacio, porque decía que el nombrarlos fue el único funeral que algunos tuvieron. Una viuda sevillana de cuarenta años. Su cocinera, una mujer nicarao de unos treinta que la casa llamaba Mariana, cuyo nombre nicarao mi abuelo asentó en el acta por indicación de su madre, en el umbral, porque una mujer debe entrar en la tierra bajo el nombre con que la llamaba su madre y no bajo el que le halló cómodo una casa. Un escribiente genovés de veinticuatro. Un novicio franciscano de diecinueve cuya madre en Sevilla no lo creyó hasta el marzo siguiente. Un estibador cuyos tres hijos entrarían en la cocina del gobernador como aprendices de Tomasa. Un panadero cuyos hornos trabajaría su viuda para las dotes de sus hijas. Un escribiente del alcalde. Y dos niños, una niña de siete y su hermano de cuatro, cuyos padres se habían ido la semana antes, y cuyos entierros condujo mi abuelo él mismo, y pagó él mismo del arancel parroquial, y registró sin cobrar, por el principio, que hizo aquella quincena y guardó el resto de su vida, de que el entierro de un niño cuyos padres ya están en la tierra es el único instrumento que un escribano firma de balde.

No hubo sepultura señalada para Mariana, y no pudo hacerle una, pero le talló una cruz de caoba, mal, con un cuchillo prestado, a lo largo de tres tardes, obra de un hombre que nunca había tallado nada y nunca tallaría nada más, y la puso donde le dijeron que yacía; y cuarenta años después era el tallado de aquella cruz, y no las nueve actas, lo que no podía contarme sin detenerse.

Y estaba su hijo. Tenía quince años a la muerte de ella, y el padrón parroquial lo tenía por Pedro y la cocina de su madre lo había llamado Yutey, y respondía a los dos, a ambas puertas, y no vacilaba en ninguna; y cuando mi abuelo fue, la semana después del entierro, a asentarle en la lista parroquial de los sobrevivientes de la fiebre y le preguntó qué nombre escribir, el muchacho dijo: «Don Rodrigo. Pedro en la calle. Yutey en la cocina. Lo mismo que con mi madre. Si me pone usted los dos en el papel, los dos están bien». Y mi abuelo puso los dos en el papel, y me dijo, casi cuarenta años después, que fue la primera vez que se le ocurrió que un documento podía hacerse sostener dos verdades a la vez sin elegir entre ellas, y que se había pasado el resto de la vida tratando de construir un libro que hiciera lo que un muchacho de quince años, en su duelo, le había pedido a una lista.

La novena acta la escribió la tarde anterior, y a la mañana siguiente, antes del calor, bajó al lago Xolo-

tlán y se sentó en el banco de madera del extremo sur del muelle de pesca, el que el capitán de puerto tenía allí para cualquier oficial que quisiera mirar el agua sin que le hablaran, y se quedó sentado desde las diez de la mañana hasta la primera luz del día siguiente. No durmió y no rezó y no pensó de ningún modo ordenado. Cargó, a lo largo de aquellas horas, la aritmética de un hombre de veintinueve años con nueve instrumentos de muerte en la cartera de una sola quincena, y en algún punto de la oscuridad comprendió lo que tardaría treinta y siete años en caber en una frase, y que al fin me diría a mí en aquella mesa: que las nueve actas habían sido obra de su propia mano, y que la obra de su propia mano era el único registro honrado que aquellas nueve casas guardarían de la partida, y que eso, y no la ley y no la lámpara que había creído llevar a lo oscuro, era todo el oficio del escribano: ser el que se queda en el banco hasta la primera luz y deja escrito que estuvieron aquí, y que se fueron, y que los lloró, al menos, el hombre que firmó la página.

Su madre le había dado, antes que la ley, un modo de escribir. Era de las islas, llevada a Sevilla en los transportes de la generación de su abuelo, y le había enseñado de niño que cualquier sonido que un hombre pueda hacer se puede asentar, si quien escribe consiente en doblar las letras al sonido y no el sonido

a las letras, que es lo contrario de lo que las escuelas quisieron luego, y no lograron, quitarle a golpes. Así que cuando un mercader mexica, retenido tres días en el embarcadero del lago por un pleito de carga, le enseñó una sola frase al cierre del negocio del segundo día, mi abuelo la asentó como su madre le había enseñado, en una ortografía de su propia invención de la que no sobrevive clave, en el margen derecho del vocabulario de cocina que llevaba con Tomasa, en la entrada doscientos cuarenta y siete; y allí sigue, una frase que nadie hoy vivo puede leer, y la he dejado sin leer, porque es el más verdadero monumento que dejó a la mujer que lo hizo, siendo ella misma ahora una frase que nadie puede leer, y él lo quiso así, y yo no traduzco lo que él eligió no traducir.

Aquéel fue el invierno en que la fiebre lo tocó también a él, levemente, y Tomasa, que lo había visto venir en el gesto de sus ojos a la cena, tenía el chocolate listo a las cinco y media con el clavo y la miel que su propia madre le había enseñado, y se lo puso delante sin una palabra, y se sentó al otro lado de la mesa hasta que se lo bebió, y volvió a llenarlo, y él se bebió el segundo, y la fiebre se le rompió a la tercera noche. Dijo después que había aprendido más teología de que Tomasa no dejara a un hombre rechazar una taza que de todo el latín de fray Honorato, porque la suya era la teología de la cocina, que sostiene que la res-

puesta a la muerte no es un argumento sino una taza, puesta delante de ti, y puesta otra vez, hasta que bebas.

* * *

Pedrarias Dávila murió a la primera luz del seis de marzo de 1531, a cuatro días de cumplidos sus noventa y un años, aferrado al bastón que había aferrado a lo largo de una larga vida de hacer que otros hombres aferraran el suyo, y mi abuelo levantó el inventario de la casa grande el mismo día, en la misma letra que había usado para la viuda y el panadero y los dos niños, con la única diferencia de que éste era el instrumento del hombre que había firmado el papel que primero lo puso en aquel país. El funeral fue de fray Honorato, cuarenta y cinco minutos de latín sobre un hombre que no había entendido nada de él en vida y ninguna falta le hacía muerto, y el cuerpo fue a la cripta, y Tomasa se quedó al fondo, y aquella noche, sobre la olla en la cocina vaciada, dijo la cosa que mi abuelo llevó doblada en el bolsillo del pecho treinta y cuatro años. La dijo mirando la olla y no a él. «Don Rodrigo. Pedrarias está enterrado, y bien enterrado, que buena falta le hacía el descanso al pobre. Yo he cocinado para gobernadores y para estibadores y para el niño que se murió el martes en la casa de la esquina, y a todos les da el mismo hambre a las siete,

y a todos se les enfriía la olla igual si nadie la atiza. Yo lo supe el día que enterré al mío, que tenía la edad de la niña de la esquina, y volví a la cocina esa misma noche, porque los otros seguían teniendo hambre y el hambre no espera al luto. La cocina sigue. La cocina siempre sigue. Coma usted el pan». Había enterrado a un hijo de la edad de la niña de la casa de la esquina y había vuelto a la cocina esa misma noche porque los otros seguían teniendo hambre y el hambre no espera al luto; y mi abuelo, que hallaba la palabra para cualquier cosa, no halló ninguna para aquello, y se comió el pan, y guardó la frase.

Había encargado, aquella misma temporada, un arca de cedro de Honduras a Esteban Ruiz, un ebanista sevillano ido a Panamá por vía de todos los puertos por los que va un hombre, con una cerradura de la que Ruiz estaba orgulloso y que no sabía que se abría con ganzúa, y en ella metió mi abuelo las tres cartas que enviaba a casa, a Sevilla, y vio salir del puerto el arca que la llevaba con su hija de cuatro años esperando en el otro extremo del mar; y aprendió, aquella mañana en el muelle, de pie con sus papeles todos en orden y sus asuntos todos arreglados, que un hombre puede ser la persona mejor preparada de un puerto y aun así la peor informada, porque la única cosa que no había arreglado, que ni siquiera había sabido que debía arreglar, era que él no iría en

el barco, que la despedida que representaba tan correctamente no sería seguida de partida alguna, que se volvería del muelle y compraría un solar para un almacén y se diría que era cosa de meses, y que los meses serían años, y los años lo llevarían a otra costa y a otro ingenio y a otra mujer y de vuelta, y que la niña sería una mujer hecha en un umbral antes de que él cruzara esa agua.

* * *

Y estaba el obispo, al final. Las lluvias de 1530 le habían quitado la voz y no se la habían devuelto, y el hombre más poderoso de la provincia llevaba su mitad de la correspondencia del mundo en letra cuidada en la mesa de escribir junto a la ventana, un hombre de oración vuelto mudo, cosa de la que mi abuelo nunca podía hablar sin la larga pausa primero. Le cerró las cuentas al obispo en la primavera de 1531, ciento cuarenta y ocho registros a lo largo de once años, y entregó el resumen en el cuarto de arriba, y el obispo lo leyó entero en silencio, y asintió una vez, y lo dejó sobre la mesa. Entonces el obispo escribió, de su propia mano, mudo, en la postura erguida de un hombre que ha perdido la voz y no la mano, la carta de despedida de su escribano, y la secó y la dobló y la selló y la puso en las manos de mi abuelo, y lo abrazó, el abrazo cuidadoso de un hombre de sesenta y tres

años que ha llegado, a lo largo de seis, a contar a un escribiente como el segundo de los tres hombres en que se apoyaba, siendo el primero su viejo vicario, ido el año anterior, y el tercero Dios, y que sabe que el segundo se va ahora tras el primero. Y mi abuelo se fue a casa y escribió una segunda despedida, para sí mismo, tres páginas, que no leyó nunca en voz alta a nadie y que viajaría en su cartera a un cuarto de Salamanca treinta y cuatro años después, donde la sacaría el tercer miércoles, y ni siquiera entonces la leería en voz alta, y diría sólo: «Pedrito. Hay cartas que el escribano se escribe a sí mismo y no se leen en voz alta. Ésta es una». Y la dobló y la volvió a guardar, y yo nunca supe lo que decía, y he hecho las paces con no saberlo, que es la primera de las muchas paces que este libro me pidió hacer.

PARTE II: LA CASA DE SEVILLA

Sevilla, 1535–1536

VOLVIÓ CRUZANDO EL AGUA EN el otoño de 1535, con treinta y seis años, con un almacén vacío a sus espaldas en Panamá y una deuda por delante que aún no había conocido, y tomó otra vez el cuarto alto de la calle del Aire que llevaba doña Felisa, la cual clasificaba a sus huéspedes en una taxonomía privada y lo había pasado, estando él fuera, al segundo rango, que estaba reservado, le dijo sin dureza, a los hombres que han perdido dos veces y no se quejan de ello, que cocinan en silencio y comen en silencio y pagan a tiempo. Y le fue, decía mi abuelo, un raro consuelo que lo clasificaran así, porque era exacto, y la exactitud era la única ternura que el mundo no le negó nunca.

Y Catalina bajó de Salamanca con su tía Mencía en la segunda semana de octubre, con ocho años, y

tengo que contar el abrazo, porque es la herida que el libro entero no deja de apretar para ver si aún sangra, y siempre sangra. Había cruzado cuatro días de posta, supo él después, decidiendo qué era un padre, y lo había resuelto, con la terrible economía de un niño: un padre es un hombre con nada en las manos. Mencía le había dicho, en el coche, que no se dejara abrazar hasta abrazar ella primero, para que no le hicieran nada que no hubiera elegido; y así Catalina subió la escalera y miró primero sus manos, para ver que estaban vacías, y sólo entonces su cara, y dijo: «Padre. Aquí estoy. Soy Catalina. Tía Mencía dice que no la abraza usted hasta que yo le abraza primero, para no sobresaltarme». Y hubo una pausa, decía él, del largo exacto de un niño pequeño haciendo cuentas, y luego dijo: «Yo le abrazo ahora. Es el primero». Y empezó, en aquella frase, sin que ninguno de los dos lo entendiera hasta años después, la cuenta que llevaría toda su vida, el libro puesto frente al libro de él, el recuento de los abrazos que un padre y una hija no se dieron a través de un océano y que ya nunca podrían darse, de modo que de los dos contables de mi familia fue la de ocho años quien llevó el libro más verdadero. Tengo cuatro hijos. No he sido capaz una sola vez de leerles esa frase suya en voz alta sin detenerme, y he dejado de fingir que el detenerme es otra cosa que lo que es.

De las doscientas tres cartas de su crecer que salieron hacia él a través del agua, tengo una, porque la guardó doblada dentro del Erasmo con las pocas cosas que no podía llevar sueltas, y la daré entera, porque el relevo fue para mí una abstracción hasta que la letra de niña de mi madre lo volvió un cuchillo. Es de su séptimo año, cuando él estaba aún en Panamá. «Padre. La tía dice que el mar tiene otro lado y que usted está en él. Yo no lo creo. Yo fui a mirar el mar en Sanlúcar con la tía y no se ve ningún lado. Si tiene otro lado, escríbame qué se ve desde allí. Aquí se ve el agua y luego nada. Su hija, Catalina, que ya sabe las cuatro reglas». La contestó, me dijo, con tres páginas sobre lo que se veía desde el otro lado, los pelícanos y el agua verde y la mula de un obispo; y me dijo también que cada palabra de las tres páginas era verdad y que la carta fue con todo la gran mentira de su vida, porque lo que de veras se veía desde el otro lado era el almacén, y los meses volviéndose años, y eso no lo escribió.

A Mencía debo llegar con cuidado, porque así llegó él, y porque ella es el gozne de una puerta que tuvo cerrada cincuenta años y abrió, al final, sólo el ancho de una carta. Era prima de Beatriz, y había guardado a Catalina en la casa de la calle de Toro desde que la niña tenía cuatro años, y ella y doña Margarita llevaban entre las dos el relevo que cargó a

través de los años con todo el crecer de la hija, doscientas tres cartas en un sentido y ciento noventa y nueve en el otro. En aquel noviembre de 1535 le escribió siete páginas, y no las reproduzco, porque eran la forma privada de dos primas que no se veían desde 1518 y nunca volverían a verse, y porque el último párrafo decía la cosa para la cual no hay segundo decir. Pero puedo decirte de dónde vino aquel párrafo, porque él me lo contó, a la mesa, con el gato dormido y la lámpara baja, en la única confidencia que me hizo jurar guardar con dulzura.

Había conocido a Mencía antes de conocer siquiera a Beatriz. Fue en Salamanca, el verano de 1516, ella con veintisiete años y él con diecisiete, y durante cuatro meses fue para él lo que una mujer mayor que se ríe exactamente de lo que hay que reírse es para un muchacho de diecisiete: una cascada, decía: agua que cae veloz y clara y sin esfuerzo, y que se oye desde el otro extremo de la casa; y ella hablaba como caía aquella agua, tres cosas por cada una que él lograba, y las tres mejores. No fue prudente y no fue largo y no fue culpa de nadie cuando acabó aquel otoño, del modo bondadoso y callado en que acaban las cosas que ninguno de los dos puede aún cargar; y al año siguiente ella lo llevó a casa a conocer a su prima Beatriz, que hablaba poco y bien, y con Beatriz se casó, y a Mencía no volvió a verla, porque las dos pri-

mas, por razones que eran suyas y que este libro no irá a buscar, no volvieron a verse. Me he preguntado si Beatriz lo supo alguna vez, y he decidido que una mujer que hablaba poco y bien lo sabe todo, y que su silencio al respecto fue la entrada más grande y menos legible de toda la cuenta. Y aquí está lo que mi abuelo me hizo entender, la distinción sobre la que giraba su corazón entero: que Mencía era el agua que se oye desde el otro extremo de la casa, y Beatriz el agua que no hace ruido porque es la casa; que la una era la primera dulzura y la otra la honda; que no se comparan y nunca se les pidió que se compararan; y que él tuvo la fortuna, y la desdicha, de haber conocido a las dos, y de haber enterrado a la segunda, en el otoño de 1528, en León de Nicaragua, bajo un silencio que este libro ha honrado y seguirá honrando, porque la omisión es el registro, y hay aguas que no se nombran.

* * *

Estaba también la otra Sevilla, la ruidosa y encendida, y se juntaba los miércoles por la tarde en la mesa del rincón y luego en la mesa larga del Banco Anselmi, y te la doy como mi abuelo me la dio a mí, como un cuarteto, porque decía que a un hombre de aquella ciudad no lo entendías nunca a solas, sólo oyéndolo contra los otros. Don Sancho Anselmi se sentaba a

la cabecera y llevaba la conversación como llevaba una cuenta, abriendo por la partida mayor y cerrándola antes de que pudiera costarle, su chocolate subiéndolo y bajándolo a su codo taza tras taza mientras a los convidados el madeira se les servía una vez y no se les volvía a llenar; y le había abierto a mi abuelo mil ducados contra nada más que el hombre, por el razonamiento, que enunció una vez y nunca ablandó, de que un hombre que pagaba en Panamá pagaría en Sevilla, «y la regla es la regla», y se había inclinado sobre el segundo madeira para darle a mi abuelo el único artículo de fe que no asentó nunca en libro alguno: «Un banco, Don Rodrigo, es como el pulpo: muchos brazos, un solo estómago, y tinta de sobra para enturbiar el agua cuando conviene». Al pie de la mesa doña Margarita fumaba el tabaco de Indias que sólo ella se permitía en aquella ciudad y gobernaba el humo como un juez gobierna una sala, apartándolo de los hombres que le gustaban y dejándolo derivar, con un descuido que no era tal, hacia los que había medido y hallado cortos; y cuando un factor genovés alabó su propio plan por tercera vez, cerró el abanico de un golpe que en su gramática era un veredicto y dijo, con toda la cortesía del mundo y ninguna piedad: «Señor, un negocio que se explica tres veces es que no se sostiene una». Y a la diestra de don Sancho se sentaba Antonio Lourenço, que deshacía cada nú-

mero que la mesa producía y lo devolvía a persona, «Menino», decía, a Anselmi, a mi abuelo, a la sala, «el precio no sube ni baja, sube y baja el hombre», y era, decía mi abuelo, el hombre más sabio que amó nunca y el único que no fue ni una sola vez, en treinta años, cruel; de suerte que entre Anselmi que contaba y Antonio que lloraba y Margarita que juzgaba, mi abuelo se sentaba y se estaba quieto y ordenaba la mesa por dentro como ordenaba un protocolo, y aprendía la ciudad, es decir, aprendía que una mesa es una pequeña orquesta y que un hombre es el instrumento que no puede evitar ser.

Y la mesa manejaba el mundo además del muelle, y fue allí donde mi abuelo aprendió el tamaño de la máquina de la que era un tornillo. Allí oyó discutir las finanzas del Emperador como Tomasa discutía una olla, prácticamente, sin reverencia: que la plata subía el río hasta Sevilla y era alemana antes de secarse, empeñada a los banqueros de Augsburgo contra préstamos ya gastados; que la Corona pedía prestado contra flotas aún no construidas, cosechas aún no crecidas, almas aún no bautizadas; y Anselmi daba un golpecito en la mesa y observaba que el mayor deudor de la cristiandad le debía al mayor prestamista de la cristiandad, «y la regla es la regla, también para el César»; y Margarita, a través de su humo, dio el veredicto que mi abuelo llamó la frase más verdadera de filosofía

política que oyó nunca en una mesa: «El imperio, señores, es un negocio que se explica tres veces». La mesa rió; Antonio no; y cuando mi abuelo le preguntó después, en la escalera, por qué no había reído, Antonio dijo: «Menino, porque en la tercera explicación siempre hay un hombre con un hacha». Mi abuelo lo apuntó esa misma noche, sin saber aún que pasaría cinco años de su vida dentro de la tercera explicación, al alcance del clavo del que colgaba el hacha.

Y fue en aquella mesa, en la primavera de 1536, donde se concibió el palo de Brasil, traído a ella por un socio llamado Aníbal Mendieta que confiaba en su propia aritmética como otros hombres confían en su salvación, y cuya aritmética era hermosa; y mi abuelo, que veía que la hermosura era real y la empresa estaba condenada y que la firmaría de todos modos porque la necesitaba más de lo que ella lo necesitaba a él, se escribió una carta la víspera de embarcar y la dobló dentro del Erasmo que llevaba, y no volvió a leerla en treinta años. En qué lo convirtió la empresa es la Parte III, y la contaré como él me la contó a mí, primero y más a menudo, del modo en que uno aprieta primero donde duele. Pero se embarcó hacia ella desde esta mesa y esta ciudad y esta hija y esta puerta cerrada, y a un hombre hay que verlo partir abrigado y rodeado antes de seguirlo al calor, para

que sientas, como yo no he dejado de sentir, la distancia exacta de la caída.

PARTE III: EL INGENIO

Olinda y Espírito Santo, 1536–1541

DE TODOS LOS AÑOS QUE mi abuelo me fue asentando a lo largo de aquellas ochenta y seis tardes de miércoles, fueron los del Brasil aquellos a los que más volvía y en los que más despacio entraba, como vuelve un hombre al único cuarto de una casa de la que nunca ha acabado de salir; así que déjame llevarte a ellos como él me llevó a mí, no por el libro de cuentas, que vino después e hizo su mentira diciendo la verdad, sino por el olor, que vino primero y no se fue nunca: el hedor a azúcar quemado que se alzaba sobre el ingenio de Espírito Santo como un segundo clima, dulce más allá de la dulzura, espeso como para apoyarse en él. Desembarcó en Olinda en el mayo de 1536 en un calor que más que caerle encima lo tomó por ambos brazos, y don Cristóvão, de la línea de los Pereira

Coutinho, lo abrazó antes de que hubiera dicho palabra, con aquella ancha calidez portuguesa que he llegado a entender que era la calidez de un hombre que ya ha decidido cuánto vales para él y sólo espera, con agrado, a que tú lo alcances. «Bem-vindo, bem-vindo», dijo, «à melhor terra que Deus fez e o diabo administra», bienvenido, bienvenido, a la mejor tierra que Dios hizo y el diablo administra, riéndose como si la frase fuera nueva; y detrás de él, sin reír, sin moverse, estaba el hombre tupinambá a quien los Coutinho llamaban su guía y que se llamaba a sí mismo, cuando quería, Aimoré, mirando a mi abuelo con la atención plana y sin prisa de quien mide exactamente cuánto tiempo piensa quedarse un huésped.

El ingenio no se anunciaba como crueldad; ésa fue la primera cosa, y la que él entendió demasiado tarde, que se anunciaba como trabajo, como industria, como el buen y razonable convertir la caña verde en dinero blanco, y que la crueldad no era una desviación del trabajo sino su rueda maestra, como el fuego no es un defecto de la lámpara sino todo su propósito. Había una mujer, y me dio su nombre antes de darme ninguna otra cosa del lugar, como si el nombre fuera una deuda que pagaba con retraso: Inhaia, que alimentaba los grandes rodillos de la moenda en el turno de noche porque tenía las manos rápidas, y los rodillos no tenían piedad con las lentas. Junto a ellos,

de un clavo, colgaba un hacha, y colgaba en todos los ingenios de aquel país por una sola razón, que los capataces le explicaron la primera noche con el orgullo de los hombres prácticos que explican una herramienta sensata: que cuando los rodillos tomaban una mano, la mano no volvía, y al brazo seguía la mano, y al hombro el brazo, y la persona entera era arrastrada y triturada, caña y sangre juntas, a menos que alguien cerca fuera bastante rápido para tomar el hacha y cortar el brazo por el codo antes de que el molino pudiera llevarse el resto. El hacha era la piedad. Ésa fue la cosa que nunca pudo dejar atrás, cuarenta años después, en un cuarto tibio de Salamanca con un gato dormido junto al tintero: no los rodillos, sino que en aquel lugar el hacha fuera la piedad; y la había visto usar, una vez, en su segunda semana, y durante treinta años guardó aquel ver doblado en media frase, y en el segundo año de los miércoles lo desdobló, y lo hizo una noche, y me hizo escribir la noche.

Había oído el canto su primera semana y lo creyó costumbre, como un hombre nuevo cree costumbre todo lo que no entiende. Había un canto en los rodillos del turno de noche, bajo, antifonal, una voz tendiendo el verso y las demás devolviéndolo, hora tras hora, y no cesaba mientras el molino girase; y fue Cristóvão quien se lo explicó, en la cena, con vino, con la voz agradable de un hombre que enseña a un

huésped el ingenio de su casa: «Cantam para guardar as mãos, Don Rodrigo. A mão entra na linha e sai na resposta. Quem guarda a cantiga guarda as mãos. É a segurança mais barata do mundo, e ainda canta». Cantan para guardar las manos. La mano entra en el verso y sale en la respuesta. Quien guarda el canto guarda las manos. Es la seguridad más barata del mundo, y encima canta. Y mi abuelo dijo que desde aquella cena no pudo volver a oír cantar en ninguna parte, en una iglesia, en una cocina, en una boda, sin escuchar la máquina debajo.

Y una noche de su segunda semana el canto vaciló. Habían puesto aquella tarde una mujer nueva en la segunda boca, y su nombre era Potira, y el verso llegó a ella y estaba cansada de ese cansancio que queda fuera del alcance del canto, y lo devolvió tarde, medio aliento tarde, no más; y los rodillos, que no sabían nada, a los que nunca se les había enseñado nada, le tomaron la mano derecha con la misma indiferencia con que tomaban la caña. Mi abuelo estaba en la puerta con su farol y su libro. Vio al hombre más viejo del turno, un hombre cuyo propio brazo izquierdo terminaba en la muñeca, dejar su puesto sin prisa, como se mueve un hombre que ha hecho una cosa dos veces en su vida y esperaba morir antes de hacerla una tercera, y descolgar el hacha de su clavo, y golpear una vez, en el codo, exacto; y luego bajar con

ella a la caña triturada y sostenerla, mientras otros dos ataban el brazo con una tira arrancada de su propia camisa; y los rodillos no se detuvieron, porque un molino que se detiene en la zafra es dinero ardiendo, y el canto volvió, dijo, antes de que la sangre quedara cubierta de arena. Tenía que volver. Había otras manos en el verso. Él se quedó en la puerta y no apartó la vista, y me hizo asentar que el no apartar la vista no fue valor, que no habría podido moverse aunque el molino mismo hubiera ardido, y que no hay en ello crédito alguno.

A la mañana siguiente abrió su libro y asentó la noche contra la cuenta, en letra clara y redonda, una mujer, disminuida en su valor; y el asiento no pedía su nombre, y él no lo dio, y este libro, que no es el suyo, es el primero de sus libros que lo guarda: Potira. Halló las palabras aquella mañana, porque siempre hallaba las palabras, y las palabras eran el pecado.

Tengo que contar esto despacio, porque él lo contó despacio, y porque he pasado la mayor parte de mi vida decidiendo si un hombre que deja algo escrito queda absuelto por la escritura o condenado más hondamente por ella, y no lo he decidido, y ya no creo que la cuenta estuviera pensada para dejármelo decidir.

Y sin embargo en la misma temporada, en el mismo calor húmedo que no rompía, tres leguas costa abajo en Olinda, estaba doña Violetta, viuda del factor de los Coutinho, y también eso tengo que contarle, porque un libro que te diera sólo el ingenio y no a la viuda te estaría diciendo una mentira sobre lo que es un hombre, que es que un hombre nunca es una sola cosa. Llegó a ella la primera vez como un escribano llega a un duelo, con un documento en la mano, a leerle en voz alta la carta que su marido había dictado en la última mañana de su vida, porque ella le había dicho a la casa, y lo decía en serio, que no podía abrirla sola. Cuando terminó, ella no lloró como él se había preparado para ver; dijo sólo: «Otra vez», y él la leyó otra vez, y otra, cuatro veces a lo largo de la tarde que caía, hasta que las palabras dejaron de ser las de su marido y se volvieron clima en el cuarto, y la distancia que una viuda y un viudo deben guardar se había adelgazado al ancho de la hoja entre ambos, y ninguno de los dos leía ya.

Cabalgaba hasta ella después de aquello, las tres leguas de Espírito Santo a Olinda, las más de las veces de noche, y quiero que la cabalgues con él, porque él me la hizo cabalgar en el relato cada vez. Durante la primera legua el humo de la caña iba con él, en la ropa y en el pelo, olor de la aritmética del día, de Inhaia y el hacha y las calderas; luego el camino do-

blaba hacia el mar y el viento lo iba deshilando hebra a hebra, hasta que mandaba la sal, fresca, salobre, viva; y hacia la tercera legua, cuando se alzaba el pueblo blanco, entraba por debajo de la sal otra hebra, el jazmín que ella criaba contra la tapia del patio, en tiestos de barro, porque le recordaba un país que ya no vería. Así que el camino mismo hacía el traslado, de la crueldad a la ternura por vía del mar, y él nunca hizo aquella cabalgata sin sentir la legua exacta en que dejaba de ser el hombre del libro y se volvía el hombre al que ella esperaba. Lo que salió de aquellas noches no me dejó contarle de mi propia mano, e hizo bien en detenerme; así que aquí le di la pluma.

Me desnudó despacio y sin timidez, como se maneja algo que ya se ha decidido que es tuyo, y luego su propia camisa le pasó por la cabeza en un solo gesto y estaba toda ella a la luz del candil, los pechos pesados de pezón oscuro de una mujer que había amamantado y enterrado, el blando cinturón de su vientre que no escondía y que yo no le habría dejado esconder, y bajó sobre mí en la cama ancha y baja con el mosquitero moviéndose alrededor como agua removida. Me tomó en la mano y me guió, sin prisa, mirándome la cara, y luego estaba sobre mí y yo estaba dentro de ella hasta la raíz en un largo descenso lento que nos sacó el aliento a los dos, y se detuvo allí con los ojos cerrados y los muslos apretados, y luego empezó a moverse, y el sudor subió entre los dos y corrió, y le puse

las manos en la gran curva tibia de las caderas y la dejé marcar el paso, que era el paso de una mujer que tiene toda la noche y piensa usarla; y la costa entró en el cuarto, el jazmín y, todavía, debajo, el humo de la caña con el que yo había llegado cabalgando, de suerte que aun en lo más alto de ella, aun con su aliento vuelto ronco y sus uñas clavadas en mi pecho y mi propio final subiéndome como fuego por una mecha, respiraba los dos juntos y no podía soltar el uno del otro. Cuando rompí fue con un grito que no sabía que llevaba dentro, y ella lo cabalgó hasta el final, lenta y entera, y no se detuvo hasta haber tomado el suyo, estremeciéndose sobre mí con la cara en mi cuello, y quedamos allí soldados, su corazón contra mis costillas, respirando un solo aire trenzado. Dios me perdone, no pensé en el ingenio. Ésa es la confesión bajo la confesión: no que pequé en su cama, que no fue pecado, sino que su cama era el único lugar de aquel país donde podía dejar de oír girar los rodillos.

Volvió entonces a mí con una tosecita seca, como para disculpar el ardor de aquello, y dijo sólo: «Apúntalo, Pedrito. Todo. Lo dulce también».

* * *

Volvió de Olinda rehecho, y lo primero que el ingenio le ponía en las manos cada amanecer para reha- cerlo era la casa de calderas. Si la cama era el único cuarto de aquel país donde el calor quería decir ter-

nura, la casa das caldeiras era el cuarto que el país guardaba para su otro calor, el calor dentro del cual había decidido que ciertos seres humanos existían para estar de pie hasta no poder estar más. Los portugueses que llevaban mucho en aquella costa tenían un nombre que usaban sin ironía, como se nombra una herramienta. La llamaban o inferno. El infierno. No hacían poesía; eran exactos, y todo cura que bendecía la zafra lo sabía y la bendecía igual, y mi abuelo llevaba el libro de la zafra en letra clara y redonda y llegó a entender que era un cura más de aquello, el escribano del infierno. Había un hombre en la tercera caldera llamado Cauã, cuyo propio nombre no se asentó en ninguna parte, y una mañana del tercer mes de mi abuelo simplemente se dobló y cayó entre las bocas de los hornos, hervido y detenido a la vez, y fue, dijo el capataz, una piedad, porque las calderas rara vez dejaban ir a un hombre tan rápido; y mi abuelo se quedó en la luz roja y entendió que aquí estaba la otra piedad del día, la gemela del hacha, y que tenía una página para ella, y que la llenaría: un hombre, de la tercera caldera, gastado. Gastado. Eligió él mismo la palabra. Nadie lo obligó a elegirla. De una mentira habría podido arrepentirse; la verdad, sólo la había dejado escrita.

Aimoré estaba en la puerta, como estaba a menudo en la puerta de los lugares en que mi abuelo tenía

que entrar, sin entrar nunca, y lo vio salir de la casa de calderas con el libro bajo el brazo y la luz roja escurriéndosele de la cara, y no dijo nada, porque había dicho lo único que pensaba decir la primera noche y no pensaba decirlo dos veces, que el ingenio era la casa del blanco y el camino de fuera era el suyo; y mi abuelo me dijo que el no decirlo fue la frase más alta que nadie le dijo en aquel país, un silencio sostenido en el tono exacto de un hombre que te mira aprender lo que eres y se niega a ahorrarte la lección.

* * *

Hay una noche más de Olinda que me dio entera, del medio de aquellos años, y la dio porque, decía, un amor que es sólo su primera noche y su última es una mentira dicha dos veces, y la verdad de una cosa vive en sus martes. Así que: un martes. Tomó la pluma.

Habló aquella noche, después, cosa que no había hecho nunca. El candil estaba bajo y el mosquitero quieto, y ella estaba con la cabeza en mi brazo y una pierna cruzada sobre mí y me contó, en la voz plana que una mujer guarda para las cosas que han dejado de ser historias, de dónde era: de Viana, en el norte de Portugal, donde el río baja al mar; un patio con el jazmín de su madre; un matrimonio a los dieciséis con un hombre de treinta y nueve porque las casas querían la alianza, y la travesía tras él, primero a Lisboa y luego el océano entero; un niño que

enterró en Lisboa antes de su segundo año, y una niña que enterró en Olinda dentro del primero. De modo que cuando la vi aquella primera noche a la luz del candil, el cuerpo de una mujer que había amamantado y enterrado, yo había estado leyendo una inscripción sin saber dónde estaban las sepulturas. Lo dijo todo con los ojos secos, y luego me tomó la mano y la puso en lo blando de su vientre, sobre las marcas de plata que los hijos le habían dejado en la piel, y dijo: Esto es lo que queda de ellos. Tócalo. Y lo toqué, y ésa fue la puerta de la segunda vez, que fue lenta porque la hicimos lenta, adrede, con la noche entera tendida por delante como una costa; vino sobre mí riéndose de algo que había encontrado, tres canas en mi sien, y las contó contra mi oído como una avara, tres, escribano, tres, y la risa bajó al besar y el besar bajó a lo demás, y estuve otra vez dentro de ella, hondo y sin prisa, sus caderas aprendiéndome y las mías aprendiéndola hasta que el aprender fue el placer mismo; y cuando le llegó su hora le llegó callada, un largo estremecimiento apretado con su frente contra mi frente y su aliento dentro de mi boca, y cuando llegó la mía, un momento después, me sostuvo la cara con las dos manos y me miró de principio a fin, y no me dejó esconderme, cosa que nadie en mi vida había hecho antes ni ha hecho después. Luego bajamos descalzos a su cocina y comimos pan con los limones de su propia tapia, que ella conservaba en sal como su madre en Viana, y se quedó de pie en la ventana sin nada encima, sin ver-

güenza, el mar apenas detrás de los tejados, y dijo que el jazmín era de su madre y los limones eran de su madre y que una mujer lleva su país en tientos de barro. Y cabalgué a casa en el primer gris con sal y limón en la boca, y el ingenio me recobró en el portón, como siempre, y yo me dejé recobrar, como siempre.

Pondré una cosa contra esa noche, porque él mismo la puso ahí y la sostuvo: el jazmín de aquellos tientos lo regaba antes del alba una niña de doce años que la casa poseía, como poseía la sogá del pozo y los postigos, y el pan que comieron descalzos lo habían molido y cocido manos que la casa poseía también; no había cuarto en aquel país, ni el del molino ni el de la viuda, en que la cosa no estuviera, y él lo supo aquella noche, y se comió el pan. Ya he escrito dos veces en este libro que se comió el pan, una en una cocina de Panamá y otra en una cocina de Olinda, y quiero que las dos estén en la misma página y se lean juntas.

No tosió al volver a mí, esa vez. Se quedó callado un rato, y luego dijo: «Los martes, Pedrito. Cuando quieras saber si un hombre amó de verdad, no preguntes por la primera noche ni por la última. Pregunta por los martes».

Durante casi dos años se sostuvieron los dos caminos, el del ingenio y el de Violetta, y un hombre puede vivir mucho sobre dos caminos si nunca deja que se crucen, y el no dejarlos se volvió el verdadero tra-

bajo de aquellos años.

Hubo una tarde, en medio de aquellos dos años, que asiento porque él la asentó y me hizo dejarla exactamente donde cayó, y porque es la única cosa de toda la cuenta brasileña que no trata de él. Dio con Aimoré al borde del claro, al anochecer, sentado con un muchacho de los pueblos de la costa, enseñándole a leer cierto tramo del río, los nombres de los pozos y dónde estaba el pez en qué mes, un largo y paciente entregar de mano en mano en una lengua de la que mi abuelo no tenía parte; y Aimoré no levantó la vista, y no lo hizo para el hombre de la linde de los árboles, y no sabía ni le importaba que lo miraran, porque por una vez no estaba mirando él. Mi abuelo se quedó un rato y luego entró. Nunca supo el nombre del muchacho y nunca lo preguntó. Era la tarde de Aimoré y el muchacho de Aimoré y el río de Aimoré, y está en este libro sólo como la única página que le pertenece por entero a él y nada en absoluto al hombre de quien es esta cuenta.

* * *

Luego la empresa fracasó, del modo ordinario en que fracasan los grandes planes, no por catástrofe sino por una falta: los dos capitanes normandos que debían llevar el palo de Brasil al norte, bajo un contrato que era mejor no enseñar en Lisboa, siendo el palo de tin-

te monopolio del rey de Portugal y siendo los normandos los hombres que lo ignoraban, no llegaron en el noviembre de 1539, y no llegaron, y mi abuelo esperó cinco meses en el muelle de Olinda mirando al mar no darle nada, y entendió al fin que la pérdida que la carta de 1536 había previsto había llegado a su hora, sin prisa, como llegaba todo lo verdadero en aquel país.

Así empezaron los quince meses de cerrar el ingenio en buen orden, y fue en aquellos meses cuando hizo la única cosa de todo aquel país que se permitió asentar sin la palabra pecado al lado, y ni siquiera ésa me dejó llamarla expiación. Escribió ocho cartas de manumisión. Liberó a ocho personas, con el dinero del partido y, cuando no bastó, con el suyo, y entre las ocho se ocupó, sin una palabra a Cristóvão, de que el nombre de Inhaia se asentara el primero, y el de Potira el segundo; y la carta de Potira costó menos que ninguna de las ocho, y me hizo asentar por qué costó menos, y no suavizaré lo que él no suavizó: el molino ya se había llevado la diferencia. Pero eran veintiuno, y trece no fueron nunca suyos para liberarlos, porque en la partilha ya habían ido al sur, al ingenio del socio de Lisboa tres ríos más allá, y ninguna carta los siguió allí; y guardó el número en su libro privado hasta el día en que murió: ocho liberados, trece enviados, y me hizo escribir los dos, porque

un libro que te diera los ocho y no los trece estaría haciendo exactamente lo que él había hecho, que fue dejar que el bien que alcanzaba valiera por el bien que no alcanzaba, y llamar cerrada la cuenta.

Aimoré llevó él mismo a los ocho a las aldeas de la costa, por los caminos de tierra adentro que eran suyos. Inhaia estaba en el patio la mañana en que los llevó, y mi abuelo salió al escalón, y ella lo miró una vez, no mucho, con exactamente la mirada plana y sin prisa que lo había medido a la orilla del agua cinco años antes, una mirada sin gracias y sin odio tampoco, sólo la medida cabal y exacta del hombre del escalón; y luego se volvió hacia el portón y no volvió a mirarlo, y él me dijo que aquel no volver a mirar fue el único pago de aquellos años que sintió jamás como justo, porque su libertad, si el papel había de valer algo, tenía que incluir la libertad de no gastar en él ni una mirada más. Cuando estuvo hecho, Aimoré vino a la puerta de la oficina y no se paró en ella, y le dijo a mi abuelo que su tío se moría y la aldea lo había llamado de vuelta; y dijo la frase que había dicho una vez en el primer fuego cinco años antes, vuelta por el grado más pequeño hacia la cadencia que una partida exige, la frase que este manuscrito guarda en su lengua y no traduce: *Arerobiáne nde arasý, ko 'arýpe, abá nde rerekoara*. Y se metió entre los árboles y no miró atrás.

Y estuvo la partida de Violetta, y aquí tomó la pluma otra vez.

Lo supo antes de que se lo dijera, por la caída de mis hombros en la puerta. No lloró y no me pidió que me quedara, porque había enterrado a un marido y sabía la diferencia entre un hombre al que puedes retener y un hombre ya sobre el agua. Me tomó aquella última noche con una fiereza que era mitad duelo, diciendo mi nombre y sólo mi nombre contra mi oído como para ponerlo en algún sitio que el mar no alcanzara; y por la mañana me puso en la mano una sola flor del limonero de la tapia, prensada ya plana entre dos hojas de papel como si la hubiera preparado días antes, y dijo: Para que te acuerdes de lo dulce y no sólo de lo otro. Y la he llevado, y la llevo todavía.

Devolvió la pluma, y no habló un rato, y luego dijo sólo: «Apúntalo». Y lo he hecho. Salió del Brasil llevando una flor prensada y una columna privada de trece nombres, lo dulce y lo otro, en el mismo abrigo, contra el mismo corazón, y se pasó los cincuenta años siguientes sin poder soltar ninguno de los dos; y esto, y no el libro de cuentas y ni siquiera el amor, es el hombre.

Volvió a Sevilla en el verano de 1541 con la flor y los nombres en el mismo abrigo, y Catalina tenía ca-

torce años, y lo esperó en la escalera de la casa de la calle de Toro, de pie un escalón por encima de él, de modo que sus ojos quedaran a la misma altura, cosa que él entendió en el acto que ella había dispuesto. Le miró las manos primero, como a los ocho. Estaban vacías. Y entonces dijo la frase que mi madre nunca me repitió entera y que él no repitió a nadie, de la que tengo sólo el comienzo, porque en la mesa, treinta años después, la voz se le apagó a la mitad como se apaga una vela en una corriente: que un abrazo, Padre, es una cosa que hay que aprender de nuevo cada seis años, porque el cuerpo al que se le debe ya no es el cuerpo que lo esperaba, y, y ahí la frase se apaga para este libro, y he dejado el resto en la escalera, donde los dos lo dejaron. Ella tomó el segundo abrazo como un contable toma un pago a cuenta de una deuda vieja, exacto, entero, y sin confundirlo con el principal; y él abrazó a una muchacha de catorce años que había tenido ocho la última vez, y fue, me dijo, la única hora de su vida en que deseó ser un hombre más pequeño de lo que era, lo bastante pequeño para haberse quedado.

El camino corrió en los dos sentidos hasta el último de sus días.

PARTE IV: GOA

Goa, 1552–1555

LA DEUDA CON ANSELMÍ QUEDÓ saldada en el febrero de 1549, ocho años pagados al día, y un hombre que ha pasado ocho años saliendo de un pozo a fuerza de trepar no sabe, decía mi abuelo, qué hacer de pie en el terreno llano de arriba; el trepar se había vuelto la forma de sus días, e ida esa forma, era, a los cuarenta y nueve, un hombre con una cuenta cerrada y ninguna siguiente. Así que cuando don Sancho sirvió el madeira al principio de una entrevista en vez de al final, cosa que sólo había hecho una vez en catorce años, y nombró Goa, y un salario bastante grande para ser al fin el fondo de Salamanca, mi abuelo entendió que le estaban haciendo una propuesta y no mostrándole una cuenta, y pidió ocho días. No los necesitaba para decidir; la decisión, me dijo, ya estaba tomada, del modo en que la marea ya

está decidida mientras tú todavía decides bajar a ella. Los necesitaba para hallarle las razones: Catalina casada ya hacía dos años con Diego Ortiz el joven, en su propia casa, de suerte que su partida no le quitaría nada que el relevo no le hubiera quitado ya en veinte años; los ahorros que el salario de Oriente redondearía; y, bajo aquéllas, la razón que sólo a mí me dio, que era que Mencía le había escrito una vez que un hombre no elige la cuenta que sigue a una cerrada, «la elige la mañana», y que él había esperado, todo aquel año de terreno llano, a ver qué le pondría delante la mañana, y la mañana había puesto Goa.

Pero no puedo dejarlo embarcar todavía, porque entre la mano que estrechó y el barco que tomó habló el imperio mismo, y él lo oyó, y puso las dos cosas juntas para mí en la mesa y luego se echó atrás y me dejó hacer la aritmética. En aquellos años la corte reunió una junta en Valladolid para oír argumentar, en forma, con todo el aparato de las escuelas, si las conquistas de las Indias eran justas y si los pueblos de ellas podían ser lícitamente compelidos; y las mentes más finas de Castilla se levantaron a lo largo de muchos días y tendieron a Aquino hilada sobre hilada, a favor y en contra; y mi abuelo, leyendo las relaciones de aquello en la mesa de Anselmi, dijo que ya conocía la forma del procedimiento, porque lo había registrado una vez en una sala capitular de Panamá, cuarenta

minutos de latín perfecto y el reo traído en una muñeca. Sólo que esta vez ningún obispo rió, y no hubo acta con la sentencia de un pájaro, y la junta se dispersó sin fallo, que es una cosa que el derecho puede hacer y un loro no. Y en la estación en que tomó el barco se imprimió en la propia Sevilla un librito furioso del dominico Las Casas, una relación de la destrucción de las Indias en un lenguaje que a ningún escribano le está permitido usar, y Antonio Lourenço lo puso en la mesa junto al madeira y dijo sólo: «Menino. Lee esto y dime si el precio sube o baja». Mi abuelo lo leyó aquella noche, entero, y lo metió en la cartera junto al Erasmo, y embarcó el viernes. Me hizo escribir esas tres cosas exactamente en ese orden, lo leyó, lo guardó, embarcó, y no me dejó poner nada entre ellas, porque dijo que todo lo que un hombre necesita saber de él está en el hecho de que nada se puso entre ellas.

La travesía fue medio año, de Lisboa a Goa por la gran vuelta del Cabo, y tengo su diario de ella, once líneas para ciento ochenta días, porque un escribano en el mar es un hombre sin nada que escriturar; pero me contó uno de los días, y voy a gastarlo. A la altura de la costa de Guinea un gaviero llamado Baltasar, de diecisiete años, de Setúbal, cayó de la verga con mar de popa y se rompió contra la cubierta y vivió hasta la tarde; y el escribano del barco había muerto de cáma-

ras en las islas de Cabo Verde, así que el maestre bajó por la cubierta buscando un hombre que supiera escribir, y encontró a mi abuelo en la borda, y no le preguntó su oficio, y mi abuelo no lo ofreció. Escribió la muerte del muchacho en el libro del barco al dictado del maestre; y luego, porque no había nadie más y él era el hombre más cerca de la pluma, se sentó con el velero mientras el velero cosía al muchacho en su hamaca con una bala rasa a los pies y daba, como es costumbre del mar, la última puntada por la nariz, que es la piedad del velero, el hacha propia del mar, la puntada que hace cierta la muerte antes de que lo hondo se lleve el cuerpo; y mi abuelo lo miró hacer y no apartó la vista, siendo ya para entonces un hombre que había gastado una vida en aprender que alguien tiene que ser el que no aparta la vista. Dieron el muchacho al agua a la puesta del sol con un salmo, y él se quedó largo rato en la borda, y pensó en un obispo metido hasta las rodillas en la rompiente de Nombre de Dios diciéndole a un joven de manos limpias que era el hombre que más cerca estaba de la mula; y le costó veintisiete años y tres océanos entender que la frase no había dejado de ser verdad ni una sola vez en todo ese tiempo.

* * *

Entró en Goa en la tercera semana de septiembre de 1552, el monzón yéndose del cielo en largas cortinas grises y la ciudad entera de cal y laterita humeando, y lo recibió en el muelle don Lourenço Falcão, factor de las cinco casas, un hombre trompeta que te presentaba el mundo como una serie de cuentas por pagar: «A casa Falcão fica aqui, Don Rodrigo; a Anselmi em Sevilha, a Cifuentes em Salamanca, a Almeida em Lisboa, a Ortiz na calle de Compañía. As cinco casas continuam. Embarque», como si un hombre no fuera sino la última parada de una ruta de dinero, que en la teología de Falcão es lo que era. Y el trabajo para el que lo habían traído no era un ingenio, y no había rodillos ni calderas, y le tomó a mi abuelo tres meses entender que lo habían metido dentro de una máquina más cruel que el ingenio en el único sentido que importaba, que era que el ingenio sólo quería el cuerpo y ésta quería el alma.

Porque lo que las cuentas de Goa registraban, bajo las especias y la areca y los finos algodones, era un borrado. En aquellos años el Estado confiscaba las tierras de los templos y volvía sus rentas a la construcción de iglesias y al sostén de los hombres que las construían; y los dioses de aquella costa, que llevaban en sus sitios más tiempo del que Castilla llevaba siendo cristiana, eran derribados piedra a piedra o dejados a morir de hambre de las ofrendas que la ley ahora

prohibía, y la gente de los templos era llevada, por una presión que se llamaba a sí misma persuasión y tenía un soldado en la puerta, a la pila bautismal; y la letra clara y redonda de mi abuelo se quería para hacer lícitas las confiscaciones, para inventariar lo que un templo derribado había tenido y contra qué cuenta debían asentarse ahora sus tierras, de modo que el borrado de los dioses de un pueblo fuera, como todo lo que él había tocado, correctamente documentado.

Voy a llevarte adentro de uno de ellos, porque él me llevó, el primero que fue suyo. Era un templo pequeño dos ríos arriba de la ciudad, no de los grandes, la casa de aldea de un dios, piedra abajo y madera arriba, y la orden cruzó su mesa en el octubre de su primer año con el sello ya puesto, de modo que su trabajo no era decidir nada sino contar lo que el decidir había dejado. Subió en barca con un soldado, un muchacho de la factoría y un cura. El guardián del templo era un viejo que se quedó de pie en el umbral mientras trabajaban, en el lugar exacto y el silencio exacto en que Aimoré se había quedado en las puertas del ingenio, y mi abuelo pasó a dos pies de él al entrar, y no pudo mirarlo, y se obligó a mirarlo, y deseó no haberlo hecho. Adentro, la lámpara seguía encendida. Ésa fue la cosa que eligió contarme primero, como me había contado primero el nombre de Inhaia: la confiscación había llegado más rápido que

la noticia de ella, y el aceite de la mañana estaba aún en la lámpara, y las flores de la mañana estaban aún a los pies del dios, marchitándose pero no marchitas; y él se quedó de pie en el olor del aceite y las caléndulas con su libro abierto y contó lo que la ley le mandaba contar: una imagen del dios, en piedra negra, de la altura de un niño de siete años; cuatro lámparas de latón; una campana; un tambor; las tierras, tantas palmas, tanto arroz, asentadas por sus linderos; y al final de la página, porque la forma del instrumento exigía una tasación, el dios mismo, asentado por el valor de la piedra. Escribió el número. El viejo del umbral lo miró escribirlo. Y mi abuelo me dijo que de todos los asientos de su vida, la mujer disminuida en su valor y el hombre de la tercera caldera gastado, el que su mano recordaba todavía por el peso era éste: el día en que le puso precio a un dios por la piedra de que estaba tallado, delante del hombre cuyas mañanas le habían tenido encendida la lámpara cincuenta años.

Lo escribió. Escribió el inventario de un dios como, veinte años antes, había escrito la pérdida de una mujer en los rodillos, y halló, de nuevo, que tenía las palabras, y que las palabras eran, de nuevo, el pecado, sólo que mayor ahora, porque un cuerpo es una muerte y un dios es la muerte de un modo de morir, el cierre de la puerta por la que un pueblo entero había salido siempre del mundo.

Había un hombre a quien llegó a conocer, y quiero que lo conozcas como mi abuelo lo conoció, que no fue como una lección. Fue música primero. En su segundo mes, retenido hasta tarde sobre los libros en la casa de la factoría, oyó por la ventana un instrumento para el que no tenía nombre, de arco, cercano a una voz pero más cercano a un duelo, viniendo del patio de la calle de los metalistas; y salió, porque el sonido no lo dejaba sumar, y se quedó de pie al borde de la luz del candil mientras un viejo tocaba para seis o siete personas sentadas sobre los talones, un largo raga bajando a la oscuridad como el agua baja a la arena. Volvió a la semana siguiente, y a la otra, y se quedó siempre en el mismo borde, y el viejo tocaba y no lo miró ni una vez; y en la quinta o sexta semana, sin volver la cabeza, el viejo dijo, en buen portugués: «Pode sentar-se, escrevão. A música não fica mais barata de pé». Puede sentarse, escribano. La música no sale más barata de pie. Su nombre era Anand, y era tañedor de sarangi, y había sido, antes de que ya no hubiera cuentas de templo que llevar, el guardián de las cuentas de un templo, treinta años de aceite y flores y rentas de tierras en letra clara, un colega, el único hombre de Asia que había tenido el propio oficio de mi abuelo al otro lado del muro. No se hicieron amigos; Anand no lo permitió y mi abuelo no lo me-

recía, y los dos sabían las dos cosas, y lo que tuvieron en cambio fueron dos tardes al mes, sobre los talones en un patio, uno tocando y otro escuchando, que era, decía Anand, el justo reparto del trabajo entre ellos, ya que los portugueses habían dispuesto las cosas de modo que todo lo demás que su gente hiciera lo escribiera otro.

Y fue Anand, entendió al fin mi abuelo y me lo dijo sin rodeos, el mismo hombre que Aimoré con otra vida puesta, el hombre que cada una de sus colonias le había puesto en el camino para que lo viera aprender lo que era; y Anand lo miraba sacar los inventarios de los lugares vaciados con la misma atención plana y sin prisa, y se paraba, como Aimoré se había parado, en las puertas que él no cruzaría, y dijo, una tarde en el camino de la costa cuando se iba la luz, una cosa en su propia lengua que no tradujo, y que mi abuelo, que sabía doblar las letras a cualquier sonido, confesó que no pudo retener bastante para doblarlas a aquélla; de suerte que de las frases que sacó de sus tres países, la de Aimoré este libro la escribe, y la de Anand sólo puede guardarla como una forma, que acaso sea el más verdadero guardar de las dos. La glosa que Anand consintió, en el portugués que compartían, fue ésta: que un templo no es la piedra, que la piedra es lo de menos, que podían derribar cada piedra de la costa y la cosa que la piedra había alojado se-

guiría alojada, en el cuerpo, en el bajar de la mano al agua al amanecer, en la cuenta que un pueblo lleva de sí mismo y que ninguna confiscación alcanza. Y mi abuelo oyó la rima a través de los veinte años y los dos mares y entendió que le habían dicho la única cosa verdadera dos veces ya, en dos lenguas, dos hombres a quienes había ayudado a robar, y que había escrito el robo las dos veces, porque eso, y no el escuchar, era aquello para lo que servía.

En su tercer año la ciudad recibió un espectáculo, y él estuvo de pie en él, y lo pongo aquí porque él lo puso junto al templo en el relato y dijo: «Apunta las dos casas, Pedrito. Una al lado de la otra». En la primavera de 1554 el cuerpo del maestro Francisco Xavier, muerto hacía dos años en una isla frente a la China, fue traído por fin a Goa, y la ciudad lo recibió en el agua y lo llevó por las calles, y el cuerpo estaba incorrupto, la carne dulce, del color de un hombre dormido, y la gente se apretaba a tocar las andas en una multitud llorosa y lo llamó lo que para ellos era, un milagro, el cuerpo mismo de la santidad guardado entero por Dios en las latitudes que pudren una vela en una estación. Mi abuelo estuvo de pie en aquella multitud, hombre cristiano, y me dijo que no dudó del milagro, no es ésa la confesión; la confesión es que estuvo de pie en el rugido de aquella devoción con la mano del libro doliéndole y pensó en un pe-

queño dios de piedra dos ríos arriba, tasado por el peso de su piedra delante de su guardián, y entendió que vivía en un imperio que conservaba un cuerpo incorrupto e inventariaba los demás para el derribo, y que las dos cosas las hacía la misma fe en la misma ciudad en el mismo año, y que su propia letra clara y redonda era el modo en que se hacía la segunda. Volvió a casa de la procesión y abrió su libro privado y escribió en él una línea que me leyó en la mesa y no me dejó copiar entonces, y estoy listo para copiarla ahora: Dios guarda un cuerpo y yo taso los demás.

Aquí, y sólo aquí, está la diferencia sobre la que gira toda esta Parte, y me la hizo apuntar dos veces, y subrayar una. Había ido al Brasil como un hombre de treinta y siete años que aún no sabía lo que era, y el ingenio se lo había enseñado; y fue a Goa como un hombre de cincuenta y tres que lo sabía exactamente, que llevaba la flor de limón prensada y la columna privada de trece nombres en el mismo abrigo como prueba del saberlo, y que leyó el librito furioso del dominico un jueves y embarcó el viernes. El Brasil fue el pecado de un hombre que aún no se había encontrado a sí mismo. Goa fue el pecado de un hombre que se había encontrado a sí mismo, y le había dado la mano, y había tomado el barco. La segunda vez no es la primera vez repetida; es una cosa distinta y más grave, porque la primera vez un hombre puede

alegar la oscuridad, y la segunda ha traído su propia lámpara y ha elegido llevarla baja.

Lo que hizo distinto en Goa, siendo más viejo y llevando baja su propia lámpara, fue poco, y no me dejó agrandarlo más de lo que fue. Llevó un libro privado más verdadero, las confiscaciones puestas frente a lo que él juzgaba su verdadero y monstruoso costo, en una letra pensada para ningún archivo. Se negó, cuando Falcão lo propuso como cortesía a una casa curiosa de Sevilla, a hacer dibujos de relieve de los dioses tallados antes de que los derribaran, como una vez había dibujado las siete figuras de la aldea de Aïmoré; había aprendido de las siete figuras, decía, que dibujar una cosa que ayudas a destruir es robarla una segunda vez y llamar rescate al robo, y no lo haría dos veces, y esta negativa, este único no dibujar, fue todo lo que trajo de Goa de lo que no se avergonzaba, y es cosa pobre que pesar contra un borrado, y lo sabía. Me hizo escribir que lo sabía. Catarina Falcão, la hija del factor, mujer de lengua de aguja, le dijo a su partida, habiéndolo mirado tres años: «Usted escucha en dos lenguas y calla en cuatro, Don Rodrigo. Vuelva a Castilla antes de la quinta». Y se fue.

Se embarcó para casa en 1555 y llegó al fin, en el septiembre de aquel año, a la puerta de la casa de la

calle de Compañía, y se la abrió una mujer de veintiocho años con un hijo suyo agarrado a las faldas y una fina banda de oro de Malabar en la muñeca que había estado desnuda en todas las versiones de él que ella había construido, y le miró las manos primero y la cara después, como a los ocho, y dijo: «Padre. Aquí estoy. La cuenta intermedia tiene un nieto. Tomo el tercer abrazo». El segundo lo había cobrado a los catorce, en la escalera que ya he contado, con la frase que se apaga a la mitad. No dijo en voz alta, esta vez, qué número dejaba sin comprar el tercero, ni cómo corría la aritmética ahora que ella tenía un hijo propio al que llegar y del que partir; había dejado de llevar la cuenta en voz alta en algún punto de los años de Goa, y tomó el tercer abrazo como una mujer hecha toma una deuda pagada tarde y en la moneda equivocada, con ambos brazos y sin perdón, no siendo las dos cosas lo mismo, y mi abuelo se quedó en el umbral hecho un hombre vuelto y culpable y fue, por el largo de aquel abrazo, no perdonado en nada y abrazado igual, que es, he llegado a pensar, la única clase de regreso que la cuenta permite, y más de lo que tenía derecho a tener, y también eso lo sabía. Ella me contó la aritmética una vez, años después, en la cocina, y a él nunca se la contó: «Las cartas llegaban. Los abrazos había que ir a buscarlos, y a veces el barco tardaba veinticuatro años». No había libro en que

asentar la respuesta, y ella no pidió ninguno.

PARTE V: SALAMANCA

Salamanca, 1555–1567

MENCÍA LLEVABA VEINTICUATRO AÑOS ARREGLANDO un reencuentro, con paciencia, contra la reticencia notarial de él y la suya propia, y lo trajo a ser al fin en el otoño de 1555, en la casa de la calle de Toro, y sólo tengo la forma de aquello, porque es la única tarde de su vida de la que mi abuelo no quiso decirme nada salvo que había sucedido y que no se arrepentía. Él tenía cincuenta y seis años y ella sesenta y seis, y la cascada que él había oído desde el otro extremo de una casa en 1516 se había vuelto, decía, un hilo de agua delgado y claro sobre las piedras, más callado, pero la misma agua. Se sentaron una larga tarde y no dijeron, me contó, casi nada, porque la carta de 1535 ya había dicho la cosa para la cual no hay segundo decir, y lo que les queda a dos viejos que ya han cambiado la única cosa

indecible es sólo el enorme y suficiente hecho de la cara del otro al otro lado del cuarto, viva, y habiendo durado. Murió seis meses después, en el marzo de 1556, y entre sus cosas Catalina halló, dentro de un ejemplar de la Menina e moça de Bernardim Ribeiro, una carta que Mencía había preparado y no enviado, y no está en este libro y su paradero no está en este libro, según el modelo del libro al que sirve; diré sólo que mi abuelo la leyó una vez y no la leyó en voz alta, y que fue con él a la mesa de escribir de la calle del Tostado y es una de las cuatro que guardó allí, y que fuera lo que fuera lo que ella había esperado una vida entera para escribirle, él lo juzgó digno de guardarse y no digno de mostrarse, y yo he honrado el juicio, porque un hombre que te lo ha contado todo lo demás se ha ganado el derecho a guardar una puerta.

Se casó en el otoño de 1559, y el matrimonio es uno de los triunfos callados de su vida y lo que más trabajo me cuesta contar, porque en él no pasa nada, y en eso, precisamente, consiste. Lo arregló Catalina, habiendo decidido que su padre no debía acabar solo en un cuarto alquilado; y la mujer era doña Isabel de Cifuentes y Robles, viuda de cincuenta y dos años, de habla llana y subestimada por todo el que la trataba una vez, incluido, por una temporada, mi abuelo, que necesitó esa temporada para entender que su llaneza

no era simpleza sino la enorme economía de una persona que ya ha clasificado el mundo en lo que importa y lo que no y se niega a gastar aliento en lo segundo. Propuso los términos de su vida en común en un discurso de cláusulas numeradas, y para la segunda cláusula mi abuelo estaba ya, decía, resignado y contento; tomó en su casa el escritorio que había sido de su difunto marido don Francisco, ante el cual don Francisco se había sentado los quince meses de su matrimonio sin decir nada que ella se molestara nunca en recordar, de suerte que era, le dijo ella, una silla de capacidad sin usar, y él se puso a usar la capacidad los ocho años que quedaban. No pusieron su matrimonio en ningún documento más que el que la Iglesia exigía, y este libro tampoco; había ternura en él y había la honda holgura de dos personas pasada la edad de las apariencias, y hubo el día en que ella le dio, sin ceremonia, la pequeña campana de bronce que había sido de su madre y había llamado a tres generaciones a la merienda a las cuatro y media, y eso es todo lo que se me permite decir, porque es todo lo que él me dijo, y porque él me enseñó qué cosas cuenta un hombre y cuáles sólo guarda.

La casa vino a la calle del Tostado: Isabel, y la cocinera Engracia Téllez, que respondía a cada duelo y a cada alegría de aquella casa con la misma palabra seca y llana y era querida por ello; y Brasil, el gato,

que llegó en un cesto a la puerta de la cocina en 1558 y se hizo la autoridad de la casa en materia de pollo sobrante y no derramaba la tinta, aunque dejó, una vez, en el margen húmedo de un contrato de venta, la huella de una sola pata, y mi abuelo la miró un largo momento y luego archivó el contrato tal como estaba, sin corregir, en el protocolo de un escribano de Salamanca, donde sigue hasta hoy, la única firma en cincuenta años de instrumentos que admitió al registro sin poder; y el jazmín que Isabel tenía en un tiesto de barro en la ventana del cuarto de escribir, por su principio de que el olor es un enser de una casa y no un lujo. Mi abuelo, que reparaba en todo, no reparó en el jazmín ni una vez en ocho años; y yo no entendí aquel silencio hasta que hube escrito la Parte III de este libro, y entonces lo entendí del todo, y lo he dejado en su custodia, donde ella, creo, a sabiendas o no, lo había puesto. Ella escuchaba a la puerta de los miércoles. Él la encontró, seis veces en los dos años que duraron, bajando sin anunciarse, en el segundo escalón desde arriba, con el aire compuesto de una mujer que llevaba un cuarto de hora en camino de bajar; y él no lo nombró nunca, y ella nunca lo explicó, y yo la he puesto en esa puerta en este libro adrede, porque ella no se pondría en ninguna parte, y una mujer que guarda un cuarto desde el segundo escalón desde arriba se ha ganado una entrada en la cuenta en

que se negó a aparecer. Y yo venía, las tardes de miércoles, desde el año en que cumplí doce, porque mi madre Catalina subió la escalera una mañana de octubre y le dijo a su padre que Diego me enseñaba aritmética y latín y ella me enseñaba lo que enseña una cocina, y que faltaba una tercera cosa, y que me mandaría los miércoles, y él me enseñaría, y lo que enseñara era asunto suyo y lo que yo aprendiera sería de ella verlo. No me enseñó nada aquel primer miércoles. Dejó el contrato que estaba redactando y dijo: «Pedrito. Hoy no. Hoy te cuento», y empezó: «El gato, habiendo comido carne toda su vida, decidió hacerse vegetariano. Ése fui yo»; y yo mojé la pluma, con doce años, y no entendí que me habían puesto en las manos una vida para guardarla, y la guardé, miércoles tras miércoles, dos años, y la guardo todavía.

No todos los miércoles fueron dictado. Algunos los gastó en enseñarme el oficio de la mano: cómo cortar una pluma al sesgo izquierdo para una letra redonda, cómo pautar una página con punta seca, cómo doblar las letras a un sonido como su madre le había enseñado en las rodillas en Sevilla, de modo que lo que una mujer esclavizada de las islas había descubierto sola contra las escuelas de dos continentes bajó, en una mesa de nogal de Salamanca, a una tercera generación, y yo lo he usado toda mi vida. Su propia

mano lo iba dejando ya, la derecha primero, la línea empezando a vacilar donde había sido cuarenta años un pequeño prodigio del oficio, y bebía su chocolate con las dos manos alrededor de la taza como un hombre que se calienta en ella, y no dijo nunca nada de nada de eso, y yo tampoco. Sobre la mesa, entre los dos, había un pequeño estuche de esmalte blanco que él tenía vacío, y cuando le pregunté una vez para qué era, dijo: «Para la pluma que acabe el libro». Y había tardes, leyéndole las páginas del día, en que yo no sabía, y no siempre sé ahora, qué frases habían salido de su boca y cuáles de mi mano; y lo dije una vez, turbado, y él se quedó callado un momento, y luego dijo que eso no era una falta del registro. Era el registro.

* * *

El último miércoles fue el dos de octubre de 1567. Dictó el cierre de un capítulo y luego dijo: «Pedrito. Apunta esto. El próximo capítulo es el de mi muerte. No lo voy a dictar entero. Lo dictaré hasta la palabra que falta. Esa palabra la pondrás tú, o no la pondrás. Tú decides». Y se detuvo ahí, una palabra antes del final, adrede, y tomó su propia pluma, la buena, de junto al tintero, y la puso en el estuche de esmalte, y cerró la tapa; y yo tenía catorce años, y no sabía que el detenerse era en sí mismo lo último que tenía que enseñarme, que era que una cuenta honrada termina

en el borde de lo que el hombre que la lleva tiene derecho a decir, y ni una palabra más allá.

Murió a la primera luz, a las seis y cuarto, el nueve de octubre de 1567, del catarro de pecho del otoño en su última fase, con doña Isabel a la cabecera y Engracia en la puerta de la cocina y Brasil a los pies de la cama, y en la última hora no habló, pero escuchó, y lo que escuchó, a lo largo de aquellos últimos siete días, mi madre me lo dijo y yo lo creo, fueron las frases que había cargado toda su vida y nunca había aprendido: la de Aimoré en la boca del camino; la de Anand en el camino de la costa; y el proverbio tupí de una mujer llamada Paraguaçu, hallada una vez en la reja de un jardín, guardado en el portugués en que ella se lo dio y nunca en su vida traducido, aunque este libro sí lo hará, que el lector no está atado a sus votos: *Quem planta, planta para quem colhe*. Quien planta, planta para el que cosecha. Le volvieron en sus propias lenguas, y esta vez, dijo mi madre, no fingió seguirlas; sólo escuchó, del modo en que escucha el que se va; lo habían llamado una vez, en aquella primera costa, o que ouve, el que oye, y murió oyendo lo que nunca le fue dado entender. La voz del narrador, que había sido la suya a lo largo de aquellos ochenta y seis miércoles, se cerró a las seis y cuarto de

aquella mañana, una palabra antes del final. La mañana no puso la palabra.

Y doña Isabel, que no lloró, se sentó aquella mañana a la mesa de escribir, con la Adagia que había sido suya treinta años en el sitio donde estaba desde el casamiento, con las cuatro cartas en la disposición que él había construido a lo largo de una vida, e hizo la cosa que había decidido a la cabecera, que pertenece a la coda y a mi mano ahora y no a la suya; y yo, con catorce años y llamado a las nueve y media, subí a la calle del Tostado a las doce y media y me quedé en la puerta del cuarto de escribir y no lloré, y miré la mesa, la silla, el estuche de esmalte ya no vacío, el gato en la ventana del otro lado del rellano, y dije la única cosa verdadera que tenía: «Doña Isabel. El dictado terminó la semana pasada, una palabra antes del final. Esa palabra la llevo yo ahora». Y ella dijo: «Apuntado», y me dijo que las cuatro cartas no volverían a abrirse, y que la merienda se serviría al día siguiente a las cuatro y media, y que me fuera a casa con mi padre porque mi madre esperaba; y me fui, llevando una palabra que no asentaría en treinta y cinco años, que es todo el asunto de lo que queda.

PARTE VI: LA CODA

Salamanca, 1602–1604

EMPRENDÍ LA CODA EL DOS de octubre de 1602, en el mismo cuarto alto del sur, a la mesa donde había estado la Adagia, un hombre viejo de cuarenta y nueve años escribiendo el final de la cuenta de un hombre viejo de sesenta y ocho, y no fingiré que los treinta y cinco años de por medio estuvieran vacíos, aunque este libro sólo tiene sitio para lo que dejaron sobre la mesa. Doña Isabel guardó el cuarto sin tocar a lo largo de diecisiete años de una segunda viudez, y mi madre lo ha guardado los dieciocho años desde entonces, y me he sentado en él ya el tiempo bastante para saber que un cuarto que una familia se niega a cambiar es una familia que todavía lleva una cuenta que no ha decidido cómo cerrar. El mundo no se quedó quieto alrededor del cuarto. En 1580 las coronas mismas cerraron una cuenta, y Portugal

quedó bajo el rey de Castilla, de modo que las dos lenguas de la vida de mi abuelo, aquella en que llevó sus libros y aquella en que su pecado fue recibido, despertaron una mañana con un solo amo; y cuando mi madre quemó los papeles del ingenio cuatro años después, ardieron bajo un monarca que era dueño del molino y del libro de cuentas por igual. Y en el año de la gran armada contra Inglaterra, cuando la ciudad entera hablaba del mar, esta familia, que le había dado al mar un escribano durante treinta años, no habló de él en absoluto; la merienda se sirvió a las cuatro y media, y no hablamos del mar. Mi hija menor, que tiene nueve años, se detuvo en la puerta de este cuarto en la primavera y me preguntó qué escribo, y le dije: la cuenta de su bisabuelo. Preguntó si era bueno. Le dije que fue amado. Ella lo consideró como lo habría considerado su abuela Catalina, y dijo que no era eso lo que había preguntado, y bajó a cenar; y esta coda es para su pregunta, que hace bien en dejar abierta.

Doña Isabel murió en el enero de 1584, y murió como había vivido, en cláusulas numeradas, dictando sus disposiciones a mi madre conmigo en la puerta, el libro privado de la casa cuadrado hasta el final: la cocina que siguiera, lo de mi madre que ella recibiera, lo mío que lo atestiguara. Y había dejado una instrucción sellada, y fue ésta la que mi madre cumplió en el

entierro, sin decírselo a nadie, arreglándola de antemano como Isabel lo había arreglado todo: que la carta que Mencía había preparado y que mi abuelo había guardado y nunca leído en voz alta volviera a la tierra, pero no con él. Con ella. Con Isabel. «La cuenta se cierra así», me dijo mi madre junto a la sepultura, y no lo entendí en años y ahora creo que sí: que una esposa que había compartido casa con el fantasma de la carta no enviada de otra mujer ocho años y una viudez diecisiete había decidido, con la enorme justicia llana que era su carácter entero, que la carta había esperado bastante a la luz, y que la bajaría ella misma, y le devolvería su descanso a la primera dulzura, y dejaría a mi abuelo al agua honda que no tenía carta porque nunca la había necesitado. He llegado a pensar que es el acto más misericordioso de toda esta cuenta, y lo hizo la mujer que la cuenta casi olvidó mencionar, que es la confesión de la cuenta de que no siempre sabe dónde vive su propia misericordia.

Y estuvo la quema. En el febrero de 1584, por una segunda instrucción sellada, mi madre llevó los papeles del ingenio del arca de cedro al brasero de la cocina y los quemó, y me hizo estar con ella, y dijo la única frase que se permitió sobre la llama y me hizo prometer no repetir, que he guardado, y que guardaré aquí también, diciéndote sólo que no fue ni una maldición ni una oración sino un cierre, y que cuan-

do la última de las páginas se hubo ido dijo, con su voz de siempre: «La cocina sigue», y puso la merienda para las cuatro y media, y se sirvió.

* * *

Pero no lo quemó todo, porque no podía; lo peor no era suyo para quemarlo. El siete de octubre de 1602, tres semanas antes de que yo empezara esta coda, fui yo mismo al arca de cedro y levanté el falso fondo que mi abuelo me había mostrado una vez, en el último año, sin una palabra, sólo una mirada; y debajo había un bolso de cuero, y en el bolso las ocho cartas de manumisión de su propia letra cada vez más apretada, las ocho que había liberado, y dobladas con ellas, en la misma letra, una sola hoja que no era un instrumento legal en absoluto: una lista de trece nombres, y bajo los nombres la única palabra *engenho*, y bajo ella cuatro líneas que nunca le había oído decir y que llevaré ahora del modo en que llevo la otra palabra: «No me juzguen por los ocho que alcancé. No me absuelvan por ellos tampoco. Quien lleve esta cuenta después de mí, lleve a los trece en ella, siempre, sin tachar. El día que los trece salgan del libro, el libro será mentira». Así que los he guardado. Van con esta coda, en su propia hoja, doblada donde él la dobló: los trece, con sus nombres, que él guardó cuando todo lo demás de aquel país era ceniza. Inhaia no está

entre ellos, porque Inhaia fue la primera de las ocho. Y aquí buscarás los nombres mismos, y no voy a imprimirlos, y te debo la razón, porque no es pudor y no es olvido. Mi abuelo se negó una vez, en Goa, a dibujar los dioses que ayudaba a derribar, porque dibujar una cosa que estás destruyendo es robarla una segunda vez y llamar rescate al robo; y poner trece nombres en un libro, para que extraños sientan algo sobre ellos durante la cena, sería el mismo robo con letra más fina. No son piezas de museo. Están guardados, y quien llegue a ellos ha de llegar como llegué yo, como heredero y no como público. La cuenta los sostiene. El libro no los exhibe. Se pasó la vida aprendiendo que la omisión es a veces la acusación y a veces la misericordia, y que sólo el amor puede decirte cuál; y de ésta, por fin, puedo decirte cuál es.

Y ése es el trabajo que esta coda me deja, y el trabajo que he decidido, a los cuarenta y nueve, cómo saldar. Mi abuelo detuvo la cuenta una palabra antes del final, adrede, y le dijo a un muchacho de catorce años que la palabra era suya para ponerla o para callarla. La he llevado treinta y cinco años. Es una sola palabra en castellano, y empieza con la primera letra del abecedario, y sé desde los catorce cuál es, y no la voy a escribir. No porque no la sepa, y no porque fuera falsa, sino porque él no la escribió, y porque a una edición, a un nieto, a una cuenta, no se le debe

más de lo que el hombre mismo estuvo dispuesto a dar, y él lo dio todo hasta esa palabra y se detuvo, y el detenerse fue lo último honrado que hizo su mano, y no seré yo quien convierta su honradez en una confesión que él se negó a firmar. La cuenta queda abierta. Él me la dejó abierta a mí, y yo te la dejo abierta a ti. Una puerta cerrada es una mentira sobre los muertos; una abierta es la única verdad en que se nos permite guardarlos.

Le escribí una carta, aquel nueve de octubre de 1602, el trigésimo quinto aniversario de su muerte, y la puse en la Adagia en la página donde están las cuatro cartas, y tampoco la reproduciré, habiendo aprendido de él qué cartas se leen en voz alta y cuáles sólo se guardan. El paquete fue a León en el envío de 1604, al archivo diocesano, a esperar a quien lo abriera y guardara a los trece y honrara la flor y dejara la palabra en paz; y esperó, y fue hallado, y tienes en las manos lo que guardaba. Cuenta cerrada con cariño, y la merienda a las cuatro y media, y ninguna otra cuenta abierta en su lugar. La cocina sigue. Siempre sigue.

Y luego me senté, como él me había enseñado a sentarme, hasta que se fue la luz; y quiero contarte cómo terminó, porque has tenido paciencia, y porque él me enseñó que a la paciencia se le debe una recompensa y que la recompensa no es nunca la absolución,

que no es nuestra para darla, pero es a veces la paz, que sí lo es.

* * *

El cuarto se fue poniendo dorado, como se pone ese cuarto cuando el año entra en su propia tarde, la luz entrando por las contraventanas en el ángulo que nunca lo favoreció y que ya no fingía favorecerlo. Mi madre estaba en la cocina de abajo, y yo la oía, y a Engracita tras ella, que es hija de Engracia y guarda la cocina de su madre y su misma palabra seca y llana, las cazuelas y la conversación baja, la cocina siguiendo del modo en que Tomasa se lo había prometido al cadáver de un gobernador; y el sitio a la izquierda del tintero estaba vacío, donde Brasil había hecho su guardia y llevaba vacío treinta y un años, y miré el sitio vacío y entendí que había hecho mis paces, no con lo que mi abuelo hizo, que no es mío para hacer las paces con ello y que he dejado en pie en este libro sin perdonar y sin tachar, los trece y los dioses borrados y la palabra con que le puso precio a la vida de una mujer; sino con él, el hombre, mi abuelo, que hizo aquellas cosas y también talló una mala cruz para una desconocida a lo largo de tres tardes y liberó a los ocho y guardó la flor y le enseñó a un muchacho que un documento puede sostener dos verdades sin elegir, y que amó, y fue amado, y no podía sumarse, porque

nadie puede, porque la cuenta no tiene columna en que un hombre cuadre, y nunca estuvo pensada para tenerla. Me había pasado treinta y cinco años creyendo que tenía que elegir entre quererlo y decir la verdad sobre él, y en aquel cuarto dorado entendí que el elegir era el error, que todo lo que me enseñó a lo largo de aquellos ochenta y seis miércoles era que se guardan las dos cosas, el terror y el pan, en la misma página, sin tachar, y no las reconcilias, y no dejás de poner la mesa.

Cené. Subí a las diez y media con la vela y puse el último capítulo a la derecha del estuche de escribir, en el orden de la escritura, los dos puntos en el último lugar de la última página, la palabra dejada donde él la dejó. Miré el sitio vacío junto al tintero. «La palabra queda», dije, en voz alta, al cuarto vacío. Y luego hice lo único que quedaba por hacer, lo que él hacía al final de cada una de aquellas tardes de miércoles antes de la última, aquello hacia lo que la cuenta entera había venido caminando, como el camino lo caminó a él entre el ingenio y la cama.

Apagó la vela.